

perturbará, sí, ciertamente, el pensamiento de tener que abandonar en breve tantas almas queridas y tan bella patria; pero brillará, no obstante, nuestro rostro iluminado por la sonrisa tranquila y serena, que es como el alba de una nueva juventud, y que temple la amargura del *adios* con la tácita promesa de: «¡Adios, sí, pero no para siempre!»



CARMELA.

I.

Lo que voy á contaros sucedió en una isleta, distante 70 leguas de Sicilia. En aquella isleta no hay más que una poblacion que cuenta, unos dos mil habitantes, y donde en la época de mi relato habia de 300 á 400 presidiarios. Tenía, pues, por esta causa un destacamento de cuarenta soldados, que se relevaba de tres en tres meses, mandado por un oficial subalterno. Los soldados disfrutaban allí una vida placidísima, por dos razones: primera, porque fuera de la guardia del cuartel y del presidio, y algun día de ejercicio, nada tenian que hacer; y segunda, porque el vino estaba á cuatro cuartos la azumbre y era muy bueno. No hablo

del oficial, que gozaba amplísima libertad y la satisfacción de poder decir: ¡soy el comandante general de todas las fuerzas militares de la isla!

Tenía á su disposición dos gendarmes, agregados al mando de la plaza; dábanle habitación gratuita en el mejor sitio de la población; pasaba la mañana cazando en el monte; mataba el tiempo, después de comer, en un modesto gabinete de lectura con los principales personajes del país, y al caer la tarde, paseaba en barca por el mar, fumando excelentes cigarros de dos céntimos, vestido á su gusto sin temor del coronel, y siempre más alegre que unas pascuas. Sólo una contrariedad oscurecía su satisfacción, pensar que vida tan holgada no había de durar sino tres meses.

El pueblo está situado á la orilla del mar y tiene un puertecillo, junto al cual deteníase cada quince días el vapor-correo que va de Trapani á Túnez. Raras veces se detenían otros buques; tan raras, que al distinguirse alguno que hacia rumbo al puerto, lo anunciaban al pueblo á son de campana, y gran parte del vecindario corría á la playa, como si se tratase de una fiesta.

El aspecto del pueblo es muy modesto, pero alegre y risueño, especialmente en la ancha plaza que se halla en el centro, la cual, como en todas las aldeas, viene á ser lo que el patio

para los inquilinos de una misma casa. Comunícase esta plaza con la playa por la calle principal, larga, recta y estrecha. Las tiendas y los establecimientos públicos están todos en la plaza. Hay allí, ó había entónces por lo ménos, dos cafés, frecuentado el uno por el alcalde y demás autoridades y por las personas de pro; el otro, por la gente popular. La casa donde habitaba el comandante del destacamento, hallábase situada en el lado de la plaza que mira al mar, y como desde la playa hasta el centro de la isleta el terreno se levanta considerablemente, desde las ventanas de su habitación, que eran dos, veíase el puerto, un largo espacio de playa, el mar y los lejanos montes de Sicilia.

La isla es toda de montañas volcánicas y está cubierta de grandes y selváticos bosques resineros.

*
*
*

Hace tres años, una hermosa mañana de Abril, el vapor-correo que iba á Túnez, se detenía á la embocadura del puerto de aquella pequeña población. Desde que apareció en el horizonte había sonado la campana y acudido toda la gente, entre ella el comandante del destacamento, los

soldados, el alcalde, el juez, el cura párroco, el inspector de orden público, el capitán del puerto, el recaudador de contribuciones, el sargento de carabineros y un joven médico militar, agregado al destacamento, para el servicio sanitario del presidio.

Dos barcazas se acercaron al vapor y transportaron á tierra 32 soldados de infantería y un oficial, un gallardo mozo, blanco y rubio, quien después de dar un apretón de manos á su camarada, y de contestar cortesmente á la bienvenida de las autoridades, en medio de dos grupos de curiosos, entró en el pueblo al frente de su pelotón. Así que lo hubo acuartelado, dirigióse al grupo de los personajes que le aguardaban en medio de la plaza, y el alcalde se los fué presentando uno por uno, con aire entre serio y festivo, lleno de cordial familiaridad. Terminada la ceremonia, el grupo se deshizo, y el oficial, que quedó solo con su camarada, hizo conducir á su alojamiento. Allí el asistente del oficial relevado estaba arreglando unos baules, y el del recién venido apresuraba el momento de abrir los suyos, ayudando á su compañero. Pasada una hora todo estuvo dispuesto.

El destacamento que tenía que marchar, partió aquella misma noche, á las ocho, acompañando hasta el puerto por el destacamento que lo reemplazaba, y nuestro oficial, apenas dijo adios

al camarada, se retiró á su albergue, y se echó en la cama.

Cansado como estaba del viaje, y de haber pasado todo el día atareado, sentía gran necesidad de dormir, y durmió á pierna suelta.

II.

La mañana siguiente, apénas amaneció, salió de casa.

No había dado diez pasos por la plaza, sintió que le tiraban suavemente del capote. Se detuvo, volvióse, y vió á dos pasos detrás de él inmóvil y rígida en la actitud del soldado que saluda, una muchacha con cabellos encrespados, vestido descompuesto, alta, delgada y de bellísimas formas. Tenía fijos en el rostro del oficial sus grandes y vivísimos ojos negros, y sonreía.

—¿Qué quereis?—preguntóle el oficial, mirándola con sorpresa y curiosidad.

La muchacha no contestó, pero siguió sonriendo y con la mano junto á la frente, en la posición del saludo militar.

El oficial levantó los hombros, y siguió adelante. Á los diez pasos, nuevo tironcito del capote. Se detuvo y se volvió otra vez, y ella siempre tiesa é inmóvil, como un recluta en filas. Miró alrededor, y vió á algunos que cerca de allí observaban aquella escena, y reían.

—¿Qué quereis?—le preguntó otra vez.

La muchacha dirigió la mano con el índice extendido hácia el oficial, y dijo sonriendo:

—Te quiero á ti.

—Comprendo, comprendo, pensó, pedirá limosna;—y buscando en la faldriquera una moneda de cobre, se la entregó y trató de seguir adelante; pero la jóven, doblando uno de los brazos sobre el pecho, como para defenderse con el codo de la mano que le daba el dinero, repuso otra vez:

—Te quiero á ti.

Y se puso á patear el suelo y á mesarse los cabellos con ambas manos, exhalando un lamento sordo y monótono, como hacen los niños cuando fingen llorar; y la gente que presenciaba la escena reía. El oficial miró á la gente, despues á la muchacha, despues á la gente de nuevo, y al fin siguió su camino. Atravesó libremente casi toda la plaza, pero al llegar á la entrada de la calle que conduce al puerto, sintió tras sí pasos rápidos y ligeros, como de álguien que corriese de puntillas, y cuando iba á volverse, una voz cariñosa le murmuró al oído con extraño acento:

—¡Amor mio!

Sintió un estremecimiento de piés á cabeza, pero no se volvió, y apretó el paso. Otra vez repitió aquella voz:—¡Amor mio!

—¡Oh! basta ya,—gritó entónces despechado,

volviéndose de pronto á la muchacha, que dió un paso atrás tímidamente.—Dejadme en paz: andad á vuestros quehaceres: ¿lo habeis entendido?

La jóven puso una cara afligidísima; despues sonrió, adelantó un paso y alargó una mano, como para acariciar al oficial; pero la retiró al punto, diciendo:

—No te incomodes, ¡por la Virgen Santa!

—Déjame estar, te repito.

—Tú eres el amor mio.

—Déjame estar, ó llamo á los soldados y te llevan á la cárcel;—y señaló á algunos soldados que estaban en la esquina. Entónces la muchacha se alejó á lentos pasos, volviendo siempre los ojos al oficial, y repitiendo de vez en cuando á media voz:—¡Amor mio! ¡Amor mio!

—Pardiez—decia entre sí el teniente, enfilando la calle del Puerto—¡qué lástima! Es muy hermosa.

Era hermosa, en verdad. Magnífico modelo de la altiva y espléndida hermosura de las mujeres sicilianas, que más bien que inspirar amor, lo imponen, y las más veces, con una sola de aquellas miradas sostenidas é intensas, parece que nos escudriñan las profundidades del alma y nos roban el valor que ellas expresan. Los cabellos y los ojos eran negrísimos; la frente ancha y pensativa; los movimientos del entrecejo y de los la-

bios, súbitos, bruscos, llenos de vida y de expression. Su voz tenía algo de cansada y ronca, y su risa era un tanto convulsiva. Despues de haber reído, continuaba por algun tiempo con la boca entreabierta y los ojos asombrados.

III.

—¿Por qué no la tienen encerrada?— preguntaba el oficial aquella noche misma al médico, entrando con él en el café de la gente de pro, después de referirle el suceso de la mañana.

—Y ¿dónde han de encerrarla? Allá en el hospital ha estado más de un año, mantenida á expensas del municipio. Pero en vista de que era tiempo perdido y dinero mal gastado, la han vuelto á su casa. No adelantaba allí nada, ni daba esperanza alguna. Los médicos del establecimiento lo han reconocido así. Aquí, por lo ménos es libre como el aire la pobrecilla, y bien se le puede conceder la libertad, porque fuera de los militares, no incomoda á nadie.

—Y ¿por qué á los militares sí?

—¡Oh! Es una historia algo confusa y dudosa. Cada cual la cuenta á su manera, sobre todo entre el vulgo, á quien no basta la verdad desnuda y quiere añadir siempre algo de su cosecha. Pero lo más probable, y lo que confirman las personas más distinguidas del país... se lo contaré á V.:

Hace tres años, un oficial, comandante aquí del destacamento, como V. ahora, gallardo jóven que tañía magistralmente la guitarra y cantaba como un ángel, enamoróse de esa muchacha, que entónces era, como continúa siendo, la más hermosa de la isla.

—Lo creo.

—Y la muchacha, naturalmente, en parte por su buena voz (porque aquí son aficionadísimos al canto y á la música); algo también por efecto de su prestigio como comandante superior de todas las fuerzas militares, y principalmente porque era muy buen mozo, se enamoró también de él. Pero, ¡cómo se enamoró! Uno de esos amores de este país; una pasión que, comparada con ella, es fría la lava de los volcanes: celos, furios, frenesí, cosas de tragedia. De su familia no le quedaba más que la madre, pobre mujer, que sólo por los ojos de la hija veía, y á quien ésta manejaba á su antojo. Figúrese V., pues, de qué libertad gozaría... Y en el país se murmuraba; pero los hechos parece que han probado la sinrazón de las sospechas á que daba lugar la conducta de la jóven, tanto, que ahora todos creen y aseguran que no hubo nada de malo... Es extraño, en verdad, y hasta inverosímil, porque dicen que estaban juntos casi todo el día; pero la verdad es que existen caracteres de este temple, especialmente en estos países, pocos, pero los hay. Hay

unas muchachas apasionadas y libérrimas que están todo el día á los piés de su galán, y que parece que nunca han sabido qué cosa sea el recato; y, sin embargo, son severas é inexpugnables como vestales. Sea de ello lo que fuere, el caso es que el oficial le habia prometido casarse con ella, y ella lo habia creído y estuvo á punto de volverse loca de alegría. Dicen que ya entónces temieron que se le trastornase la razon, y lo creo: ¿Quién puede saber hasta qué punto llega el amor en mujeres de ese temperamento? Un día, si no le quitan de las manos á una muchachuela, de quien andaba celosa, por no sé qué motivo, acaba con ella. Ahí mismo, frente al café, la habia atrapado delante de todos, y hubo una escena muy seria; y no fué esa la única. No habia modo de que cualquiera vecina levantara los ojos á las ventanas, al pasar por casa de su oficial, ó se volviese á mirarlo si lo encontraba por la calle, sin que ella amenazase con hacer alguna barbaridad. Para abreviar: llegó el día de cambio de guarnicion; el oficial prometió que volveria dentro de dos meses; la jóven lo creyó; él partió, y nadie lo ha visto más. La pobrecilla cayó enferma. Quizás si hubiera curado y hubiese perdido poco á poco aquel resto de esperanza que le quedaba, habria logrado olvidar; pero ántes de restablecerse de la enfermedad, supo, no sé cómo, que su amante se habia casado. El golpe llegó de improviso y fué terri-

ble. La infeliz se volvió loca. Esa es la historia.

—¿Y despues?...

—Despues, como le dije, la enviaron al hospital de Sicilia; luégo volvió, y aquí está hace ya más de un año.

En aquel momento se asomó un soldado á la puerta del café y preguntó por el doctor.

—Le diré á usted lo demás en otra ocasion. Hasta la vista.

Y diciendo esto desapareció.

El oficial, al levantarse para saludarlo, dió con el sable en la mesa é hizo ruido; al instante se oyó una voz en la plaza, que gritaba:

—¡Lo he oido, lo he oido, está allí dentro!

Y al mismo tiempo apareció la loca al umbral de la puerta.

—¡Echadla fuera!—gritó el oficial, levantándose irritado como si le hubiese picado una víbora.

Y la hicieron salir.

—Iré á esperarlo á casa—se le oía decir, alejándose;—iré á esperarlo á casa.

Entre los pocos parroquianos del café, presentes al lance, hubo uno que, notando aquel arranque impetuoso y aquel rostro demudado, dijo, al oido de otro camarada:

—¿Qué apostamos á que ha tenido miedo el teniente?

IV.

La madre de Carmela habitaba una casucha al extremo del pueblo, juntamente con dos ó tres familias de campesinos, y se mantenía cosiendo ropa blanca. Al principio recibía de vez en cuando algún socorro en metálico de las familias más acomodadas; pero, á lo último, ya no recibía nada. Los bienhechores habían notado que sus socorros eran casi inútiles, porque la muchacha no quería dormir ni comer en casa, ni podía obtenerse de ella que conservase entero un vestido nuevo ni tan siquiera una semana.

No hay que decir si padecería su madre y si procuraría todos los días, con incansable perseverancia, lograr algo de su hija, pero siempre en vano. A veces, tras largas súplicas, se dejaba poner un vestido nuevo; pero á lo mejor lo hacía trizas. Otras veces, apenas salida de manos de su madre bien peinada y trenzada, metía las suyas entre los cabellos, y en un momento se los enmarañaba como una furia.

Gran parte del día pasábalo vagando por los montes más agrestes y solitarios, gesticulando ó hablando sola, y riendo á carcajadas. Muchas veces los carabineros, al pasar por aquellos lugares selváticos, veíanla de léjos, ocupadísima en construir torrecillas de pedruscos ó sentada inmóvil en la cumbre de un peñón, con el rostro vuelto hácia el mar, ó echada en tierra y dormida. Si ella los veía, acompañábalos con la mirada hasta que habían desaparecido, sin responder con palabras, ademanes ni sonrisas á nada de lo que le decían ó á cualquier señal que le hicieran. Todo lo más, alguna vez, cuando estaban ya muy léjos, hacía con los dos brazos ademan de disparar el fusil contra ellos; pero siempre con el rostro serio y grave. Lo mismo hacía con los soldados, con quienes nadie la había visto detenerse, ni hablar, ni reír. Pasaba por su lado ó por medio de ellos sin responder palabra á las chanzas que le gastaban, ni mirar á ninguno. Nadie se atrevía á tocarle un pelo de la ropa, porque se decía que había señalado los dedos en la cara á algunos que se habían atrevido á propasarse.

Apenas oía un redoble de tambor, llegaba corriendo: cuando los soldados salían del pueblo para hacer el ejercicio en la playa, siempre los seguía. Mientras los sargentos mandaban las maniobras y el oficial miraba á cierta distancia, ella retirábase aparte é imitaba con la mayor seriedad la

marcha de los soldados', simulando también con un bastón los movimientos de los fusiles y repitiendo las voces de mando. Después, de improviso, echaba al aire el bastón, y se acercaba al oficial girando en torno de él, mirándolo sonriendo cariñosamente, y llamándolo con los nombres más dulces y suaves.

Cuando se hallaba en el pueblo, estaba casi siempre en la plaza, frente á la casa del oficial, en medio de un círculo de chiquillos, á quienes divertía con toda especie de bufonadas. A veces se encasquetaba un sombrero viejo que recogía por la calle, y apoyándose en un grueso bastón y perorando con voz nasal, remedaba los ademanes y las palabras del alcalde. Otras veces, con unos rizos de papel en la cabeza, con los ojos bajos, la boca apretada, moviendo una mano como para abanicarse, y contoneándose ridículamente, hacía la caricatura de las pocas señoras del pueblo, cuando van á la iglesia los días festivos. Alguna vez recogía á la puerta del cuartel una gorra vieja, desechada por algún soldado, se la calaba hasta las orejas, escondiendo dentro de ella los cabellos, y después, con los brazos rígidos y apretados al cuerpo, daba dos ó tres vueltas á toda la plaza, con paso lento y cadencioso, imitando con la voz el redoble del tambor, tan tiesa como los más torpes reclutas. Pero hiciera lo que quisiera, no llamaba ya la atención. Los chiquillos eran sus

únicos espectadores; y las madres procuraban alejarlos de ella, porque un día, contra su costumbre, y Dios sabe por qué, había cogido á un niño de ocho años, el más hermoso y limpio de sus espectadores, y le había dado tantos y tan furiosos besos en la cara y en el cuello, que el chico se asustó y echó á llorar por miedo de que quisiera ahogarlo.

Alguna que otra vez entraba en la iglesia, se arrodillaba y juntaba las manos en actitud devota, como todos los demás, pronunciando entre dientes palabras que parecían rezos; pero á los pocos instantes echábase á reír ó hacía gestos extraños é incoherentes, de modo que el sacristán concluía por cogerla del brazo y ponerla á la puerta.

Teñía muy buena voz, y cuando estaba en su cabal juicio cantaba bastante bien; pero desde que se le trastornó el seso no hacía más que tararear un aire monótono é inarticulado, especialmente cuando estaba sentada en el umbral de su casa ó al pié de la escalera que conducía á la habitación del teniente, engullendo higos chumbos, que eran casi su único alimento.

No le faltaban tampoco sus horas de melancolía, en las cuales no hablaba palabra ni reía con nadie, ni siquiera con los chicos, y solía permanecer acurrucada como un perro, á la puerta de su casa, con la cabeza envuelta en el delantal ó el

rostro cubierto con el pañuelo, sin moverse aunque hiciesen ruido á su alrededor ó la llamasen por su nombre. Ni su madre podía sacarla de aquel ensimismamiento. Pero esto sucedía raras veces. Casi siempre estaba alegre.

A los soldados, como he indicado, no les decía nunca nada, ni los miraba siquiera. Todas sus ternezas las reservaba para los oficiales. Pero no las concedía á todos en la misma medida. Desde que habia vuelto del hospital habia habido seis ú ocho cambios de destacamentos, y habian venido oficiales de todas edades, de distinta fisonomía y de diferente humor. Notóse que mostraba más viva simpatía por los más jóvenes, aunque la diferencia fuese de pocos años, y que sabia distinguir muy bien quién era más gallardo y quién ménos, aunque á todos los calificase igualmente de *mi amor* y *mi tesoro*. A cierto teniente, que era hombre de cuarenta años, con nariz de papagayo, panza de botijo y voz estentórea, nunca le puso buena cara. Le habia dicho alguna palabra amorosa la vez primera que lo encontró; pero le contestó de mal talante, acompañando las palabras con ademán amenazador, y ella no le volvió á dirigir ningun requiebro, siguiéndolo, sin embargo, cuando lo encontraba en la calle, y continuando su costumbre de sentarse al pié de su escalera. Entrase ó saliese el teniente, no le decía palabra, pero no se movía de su sitio; y se portó de la mis-

ma manera con dos ó tres oficiales que vinieron despues de aquél, de índole, aspecto ó modales bastante parecidos. Pero llegaron tambien otros muy jóvenes, agraciados y elegantes, y por estos pudiera decirse que estaba loca, si no lo estuviese ya.

Alguno de ellos se propuso curarla, fingiendo corresponder á su amor; pero tomó la cosa á la ligera, se fastidió á los dos ó tres dias de aquella prueba y la dejó estar. Algun otro, ménos filántropo y más positivista, se habia preguntado: ¿para qué es necesario que esté en su cabal juicio una muchacha, si es tan bonita como ésta? Y habia tratado de persuadir á Carmela de que para hacer el amor no era la razon requisito indispensable; pero con gran extrañeza suya, encontró una resistencia obstinada. No decía *sí* ni *no* de un modo claro y terminante, porque quizás no entendia bien lo que el oficial le proponía; pero casi por instinto, cuando queria pasar de los dichos á los hechos, cruzaba los brazos sobre el pecho en actitud de defensa, y reía con extraña risa; como los niños cuando creen que quieren burlarse de ellos, sin saber cuál sea la broma, y riendo quieren demostrar que la han comprendido, con el objeto de que se la digan; y en aquellos momentos, como se le animaba el rostro y relampagueaban sus ojos, estaba hermosísima y no parecia loca. Aquella reserva, aquel instintivo decoro, imprimiendo

á sus ademanes y á sus actitudes cierta compostura y gallardía, hacian resaltar de un modo extraordinario la esbeltez escultural de sus formas; en una palabra, los que se atrevieron á ella, comprendieron que era empresa insensata. Dijéronme que álguien, relatando un día sus inútiles tentativas al doctor, exclamó: «Mujeres con la virtud en la conciencia, en el corazon ó en la cabeza, he visto muchas; pero mujeres como ésta, que tengan la virtud en la sangre, confieso que no habia visto ninguna.»

Decian algunos que en cada oficial que le gustaba creía ella encontrar el suyo, el que la habia amado y abandonado. Quizás no era cierto, porque alguna vez hubiese dicho algo alusivo á lo que habia pasado, y nunca hacia la menor referencia á ello. A veces le preguntaban tambien sobre aquel asunto, y nunca daba indicios de entenderlo ni de recordar nada. Escuchaba con mucha atencion y despues reía. Cuando un destacamento se marchaba, iba á acompañarlo hasta el puerto, y cuando el buque se alejaba, lo saludaba agitando el pañuelo; pero no lloraba ni daba muestras de dolor, é iba en seguida á hacer sus protestas amorosas al nuevo oficial.

V.

El doctor volvió poco despues y contó lo que acabamos de referir al oficial. Este, despidiéndose, exclamó por segunda vez:

— ¡Qué lástima, tan hermosa como es!

— ¡Ya lo creo! ¡Y qué altivo y noble carácter debia tener! —añadió el doctor.

El oficial salió. Era ya muy de noche y en la plaza no se veia á nadie. Su casa estaba al lado opuesto del café. Dirigióse á ella lentamente y como si lo hiciera de mala gana.—Estará allí—pensaba suspirando, y aguzaba los ojos, alargando el cuello é inclinando la cabeza á derecha é izquierda por ver si habia álguien en la puerta; pero inútilmente, porque la oscuridad era completa. Avanzando y avanzando más, siempre á paso lento, deteniéndose, torciendo la marcha, acechando... — Si supiese que me espera allí un malandrin, con navaja en mano, paréceme que iria á su encuentro más resuelto, dijo entre sí, y dió con decision diez ó doce pasos.— ¡Ah! allí

está.—La habia descubierto. Hallábase sentada en el umbral, á la parte de fuera de la puerta, pero como estaba tan oscuro no podia verle la cara.

—¿Qué haceis aquí?—le preguntó, acercándosele.

No respondió ella al pronto; levantóse, se le puso delante, y apoyando las manos en sus hombros, con una vocecita suave y un acento que parecia revelar el juicio más sano del mundo, díjole:

—Te esperaba... dormia.

—¿Y por qué me esperabas?—preguntó el oficial, apartando de los hombros aquellas dos manos, que descendieron para oprimirle los brazos.

—Porque quiero estar contigo—respondió ella.

—¿Qué acento!—murmuró entre sí el oficial.—Cualquiera diría que está en su cabal razon.

Y sacando de la faldriquera un fósforo, encendiólo, acercándolo al rostro de Carmela para ver bien sus ojos.

El cansancio, porque habia estado todo el dia corriendo por el monte, y despues, aquel breve sueño, del que á la sazón despertaba, habian apagado en su fisonomía algo de aquella viveza extravagante y convulsa que le era habitual, derramando sobre su rostro un tinte de languidez y melancolía, que daba encanto. Estaba muy lejos de parecer una loca en aquel momento.

—¡Querido mio!—exclamó Carmela, apenas vió á la luz del fósforo el rostro del teniente; y alargando la mano trató de cogerle la barba entre el índice y el pulgar.

Él la detuvo por un brazo, ella á la vez cogió con el otro el del oficial, acercó los labios á su mano, se la besó, y despues se la mordió.

El teniente desprendióse como pudo, metióse en casa y cerró la puerta.

—¡Bien mio!—gritó todavía Carmela.

Y despues, sin añadir palabra, se volvió á sentar en el umbral, con los brazos cruzados sobre las rodillas y la cabeza inclinada á un lado.

Al poco rato estaba durmiendo.

Apénas entrado en su casa, y encendida luz, el oficial se miró el dorso de la mano derecha y vió la ligera huella de ocho menudos dientes, en torno de los cuales brillaba aún el húmedo hálito de aquella boca convulsa. ¿Qué especie de amor es éste? pensaba quizá; y encendiendo un cigarro, púsose á pasear por la habitacion.

—Pensaremos mañana en ello—dijo despues, y pensó en otra cosa.

Sentóse, abrió un libro, leyó algunas páginas y púsose de nuevo á pasear; despues otra vez á leer; finalmente, se decidió á acostarse.

Habia concluido casi de desnudarse, cuando le asaltó una idea. Estuvo pensando un instante, corrió á la ventana, extendió la mano para

abrirlo... la retiró, levantó los hombros y se echó en la cama.

A la mañana siguiente, el asistente, cuando entró de puntillas en su cuarto, asombróse de verlo ya despierto, pues no era su costumbre despertarse por sí solo, y le dijo, sonriendo:

—Ahí bajo, á la puerta, está aquella loca...

—¿Y qué hace?

—Nada, dice que espera al señor teniente.

El oficial se esforzó en sonreír, y mirando al asistente mientras le cepillaba la ropa, decía entre sí:

—Hoy trabaja al vapor este mozo.

Cuando estuvo vestido, añadió:

—Mira si está aún.

El soldado abrió la ventana, miró hácia abajo, y dijo que sí.

—¿Y qué es lo que hace?

—Está jugando en el suelo con unos guijarros.

—¿Mira hácia arriba?

—No.

—¿Está delante de la puerta ó á un lado?

—A un lado.

—Podré librarme de ella.

Y bajó, pero el ruido del sable le vendió.

—¡Buenos días, buenos días!—gritó la muchacha saliendo á su encuentro en la escalera.

Y cuando estuvo á su lado, arrodillándose ante él, sacó un pañuelo, y sujetándole con la otra

mano una pierna, púsose á quitar el polvo al pantalón y las botas, murmurando:

—Espera, espera un momento, un poco de paciencia, querido mío, un instante más. Así, ya está...

—¡Carmela!—gritó severamente el oficial, tentando en vano de libertad su pierna, de la prisión de aquella mano pequeña y enérgica:—¡Carmela!

Cuando se vió libre, se alejó á medio correr.

—¿Pero no habrá ningún medio de volverle el juicio?—preguntaba poco despues al doctor.

—¡Quién sabe!—contestaba éste.—¡Quizás! Con el tiempo y la paciencia...